



## ¿Qué Canarias quiero?

Mínimos contraíbles en identidad y nacionalidad

Ángel Sánchez

¿Nos conocemos los canarios? ¿Nos constan los pros y los contras de ser quiénes somos, cómo somos? ¿Somos conscientes de la realidad que nos identifica, más allá del repertorio de estereotipos de uso y consumo interno? ¿Seremos capaces de aceptarla, conocerla y defenderla a nivel paninsular (esto es, todas las Islas)? ¿Tenemos alguna voluntad de cambiar el presente, algún poder para autogestionar nuestro futuro?

Preguntas a voleo que cada cual responderá según su entender y cuyos mínimos índices de consenso, en uno u otro sentido, difícilmente podrían establecerse. Pues más de una vez se nos antoja creer que la población canaria no tiene demasiada información, y hace escasa reflexión, sobre argumentos tan medulares para su supervivencia como los que daría como respuesta a tales preguntas. Y a otras mucho más radicales, que pudieran muy bien resumirse en una sola: ¿Somos los canarios y las canarias dueños de nuestro presente, de nuestro territorio, de nuestro destino?

Responder a tantos interrogantes resultaría complicado si previamente no intentamos bucear en nuestro ser natural. Sistematizar algunas ideas sobre temática tan perentoria como es la planteada en nuestro subtítulo, nos llevará inicialmente a algunas precisiones fundamentales que han de conducirnos al centro mismo de la “canariedad”; las gramaticales, en primer término. Criado del Val, en su *Gramática Española*, insiste en la oposición semántica entre

*De tanto insistir en contemplar-nos conformadamente en el mero ‘estar’, los canarios hemos descuidado bastante el ser*

Este artículo estaba previsto publicarlo como parte de la Carpeta sobre la *Identidad* del número 4 de *Cuadernos*. Problemas de fechas lo impidieron; por lo que ha pasado a formar parte de esta entrega.

el verbo “ser” y el verbo “estar”. Estos verbos, además de indicar el primero de ellos lo permanente y lo transitorio el segundo, asimilan por sí solos a la noción de *ser* “existencial” un papel opuesto al *estar* contingente, el cual indicaría tan sólo “estado o paso transitorio”.

*A quienes aún se resisten a otorgar la ciudadanía a 'godos', 'guiris', 'sudacas', 'moros' o 'negros' de reciente incorporación a nuestro territorio, habría que recordarles sus propios orígenes*

En mi experiencia como isleño, me cabe la certeza de que en las Islas venimos, desde hace ni se sabe el tiempo, manejando estos verbos de la lengua madre exclusivamente como compartimentos declarativos de la subjetividad y de la objetividad, respectivamente. Nuestra circunstancia particular ha hecho que con el verbo “tener” se complete el panel de nuestras apetencias mínimas, tanto en el terreno socio-histórico como en su correlato socio-cultural. Ello nos ha llevado en alguna ocasión a pensar -y a escribirlo- que de tanto insistir en contemplarnos conformadamente en el mero “estar”, los canarios y canarias hemos descuidado bastante el ser, aunque lo usemos como orgullosa presentación: “yo *soy* más canario que el gofio...”.

Y es que, filtrando vivencias contemporáneas como banco de datos para llegar a hacer ciertas afirmaciones, pareciéramos saber bien dónde estamos pero -acaso mínimamente- quiénes *somos*. Da la impresión de que hemos estado viviendo casi todo el tiempo en una localización mental de transitoriedad, que lleva a identificarnos como punto de salida o punto de destino entre los puertos o aeropuertos continentales; creyéndonos en situación intermedia, paso obligado, plataforma privilegiada, una feliz casualidad de la fortuna, que bautizó debidamente al Archipiélago.

A fuerza de inferiorización entre tan grandes magnitudes como son los tres Continentes que nos poblaron y formaron, y de la conformidad de “tener” para poder “estar”, hemos desatendido un tanto la interiorización. El *ser* concreto, realista, racional; “existencial”, por remitirnos a esta categoría del pensamiento. Y es que la percepción ontológica, como instrumento de análisis de las realidades canarias, sigue siendo imprescindible si lo que queremos es abordar con cierto alcance crítico otras coordenadas más circunstanciales del ser natural canario; materias de tanto compromiso como son la identidad y la nacionalidad canarias.

Ante la proclamada consigna de que canario “de hecho” es quien nace o vive en las Islas equis años, y de “derecho” quienes trabajan y se residen permanentemente en ellas, hay aún quienes reaccionan reclamando a esas personas algo más que empadronamiento, carta de residencia o de trabajo, exigiendo una genealogía pro-

batoria de “canariedad” de magnitud variable. A quienes aún se resisten a otorgar la ciudadanía a “godos”, “guiris”, “sudacas”, “moros”, “negros” o “chinos” de reciente incorporación a nuestro territorio, habría que recordarles -acaso dolorosamente- sus propios orígenes. Más aún: hay que descabargarlos racionalmente de empecinamiento tan visceral e irreal como es esa posición de integrista desmemoriado -propio del aislamiento- que muestra además índices xenófobos nada razonables, y una atrevida ignorancia de una carta superior a las citadas: la Carta de los Derechos Humanos.

Perdemos pues de vista que *ser* es un privilegio asumible mediante la genealogía, una carta de naturaleza concedida tras un *estar* de equis años, equis siglos; una especie de aristocracia residencialista que nos llevaría en el tiempo a los primeros Bethencourt criollos, bautizados en la primitiva pila de la Ermita de Betancuria (Fuerteventura, 1er tercio del s. XV) y a los primeros moriscos apresados en Berbería, que acaso se cruzaran con la colonia fanconormanda.

*Ser* canario es, en todo caso, un entendimiento del ser en extensión, en *desarrollo*, un concepto modificable según las formas culturales que se impongan en el transcurso del tiempo, más allá de los límites espacio-temporales asumibles hasta ahora, siglo XXI. No entiendo por consiguiente que *ser* canario o canaria sea vivir una situación inmanente y paralizada, sino -sobre todo- *ser en extensión* visible a gran alcance, a la altura de otro siglo más, en el que ya, de verdad, todos seamos mixtura de “godos”, “guiris”, “moros”, etc.

*Estar* aquí genealógicamente, desde hace tanto o cuanto tiempo, ha sido una casualidad del quehacer cósmico. *Estar* nos ha llevado a *tener* y, erróneamente, a *ser* sólo canarios o canarias, una suerte de inconsciencia mayúscula que ignora el ser en extensión y lo suple con un *sentimiento del ser* canario, autoabandono a la benignidad de la fortuna, que es como llamamos al quehacer cósmico cuando éste nos favorece tanto para garantizarnos un *estar* aquí ahora.

La excesiva, pero irremediable, instalación del *estar* “local” en el *ser* nos ha dado bastante retraso como seres identificables. El ser canario es un ser fragmentado por la discontinuidad del territorio, que asciende desde lo particular a lo general los escalones del *estar*: se *es* primero del Norte o del Sur, del interior o de la costa, de una isla o de otra, de una u otra provincia. Se *está* finalmente en una unidad geográfica definidora de nacionalidad, aunque ésta nos la dé un país que queda lejos. Todos son inconvenientes para localizar en los canarios un *ser* propiamente extensible, tan mediatizado se ha

*Perdamos pues de vista que 'ser' es un privilegio asumible mediante la genealogía*

visto por un *estar* compatible con el profundo *ser* que lo identifica. Ser mucho o ser menos “de aquí” ha sido siempre el dilema. La identificación no pasa pues fríamente por el censo, sino por la amplia esfera de las ideas compartibles, muy por encima de los naturales sentimientos asumibles. En espera de la publicación (?) de las ponencias y coloquios del I<sup>er</sup> Congreso de Cultura Canaria, que en paz descansa, habría que establecer unos mínimos asumibles y compartibles de “canariedad” entre las ocho Islas que comparten el *ser extenso* identificador y los muchos miles de emigrantes, residentes o criollos de estirpe isleña como pueblan Tierra Firme, especialmente América del Sur.

Éste será el lado práctico de la sistematización que emprendimos con el inevitable proemio ontológico. Buscar unos mínimos comunes de identidad definidora que puedan ser contraíbles para *ser canarios* en el sentido más extenso y deseable. Estableceré pues un listado de asuntos prioritarios, todo sea declarar -de una vez por todas- qué Canarias quiero ya mismo o, a ser posible, lo más pronto que las circunstancias cósmicas lo permitan. No se olvide entretanto que la voluntad humana no es ajena al cosmos, en modo alguno, sino que interfiere tanto en sus leyes que puede alterarlas, y de hecho lo hace.

Diré entonces que quiero una Canarias llena de personas autoconscientes de serlo, de ser *personas*, por encima de adscripciones que remitan a origen, fecha, color de piel, residencia fija o transitoria. *Ser personas* significaría, por supuesto, un cierto nivel de instrucción, de educación y convivencia compartible entre la familia, el sistema educativo, el puesto de trabajo y el lugar de ocio común que se elija para descansar. En definitiva: que vuelva el respeto, que es “muy bonito”, como dice el dicho viejo; la autoestima (que está -como aclaran las encuestas- en el nivel mínimo del territorio español). Para ello deberá crecer el *ser*, premisa importantísima, al menos a la altura que ha alcanzado el *estar* y el *tener* como razón de ser, hasta poder desplazarlos como prioridades vitales o, al menos, minimizarlos. Ponerlos en su lugar, todo sea normalizar la degradada escala de valores que nos consume con sociedad atomizada, despersonalizada y de insegura identificación.

En la Canarias que quiero, y que quisiera dejar a los que atrás vinieran, *contraer el ser extenso* de canario o canaria con todas sus consecuencias traería consigo aceptar y defender dialécticamente nuestras líneas de definición fenomenológica más marcantes en tanto comunidad homogénea. Ha de saberse, aceptarse o mostrarse críti-

*Ser canario es un entendimiento del ser en extensión, en ‘desarrollo’, un concepto modificable según las formas culturales que se impongan en el transcurso del tiempo*

co con el hecho de que la gente de aquí fuimos y somos un pueblo de peculiar extracción y conformación histórica.

Que fuimos acaso felices y acaso también libres en nuestro solar de origen -la Tierra Firme más cercana a nuestras costas- y luego, sucesivamente, capturados y transportados en distintas etapas a estas Islas, para nosotros de Infortunio. Y ya aquí, engañados, capturados, derrotados, colonizados y mestizados como el pueblo terráqueo que más presume de serlo. Ha de asumirse también, como datos antropológicos dignamente contraíbles, que somos un pueblo campesino, ignorante, emigrante, pacífico, conformado con lo poco, hospitalario, adaptable, claramente estructurado como sociedad matriarcal, clasista, inmaduro, cobarde e inferiorizado frente a los poderes establecidos, los deberes y las leyes.

La Canarias que quiero y digo mía se va conformando a lo largo de los siglos como apéndice Sur de su Metrópoli, transcurriendo su vida sincrónicamente a los avatares de aquélla. Los enemigos del Imperio Español fueron nuestros más encarnizados depredadores. Piratas y saqueadores de fortuna nos tuvieron en jaque largo tiempo; la religión oficial minó nuestra integridad, imponiéndose la sublimación del sufrimiento con las mieles de otro Reino intangible; la desigualdad de posibilidades económicas y culturales acabó por perfilar nuestra entidad tercermundista. El sector servicios, enmarcado en la industria preferente, pareció en principio modelo ideal de desarrollo equitativo pero tan sólo nos ha sacado del hambre.

Como alivio a tantas presiones y tantos miedos congénitos, el Cosmos -nuestra hada madrina- nos había concedido previamente el mejor clima planetario, dotándonos de una Naturaleza espléndida, generalmente fértil y agradecida como hay pocas. Otro don que nos fue concedido fue cierta dignidad “remediadera” para sobrellevar las calamidades, previniéndonos contra sus efectos mediante un despliegue adecuado de supersticiones y remedios tradicionales.

Conocer -y estudiar- el repertorio de los miedos nocturnos usuales en la Isla del Hierro nos ha llevado a extraer lecciones cognitivas que nos sumergen en la Canarias profunda. Si el miedo es el gran motor que rige la actividad humana -todo sea anularlo y progresar- en el caso de Canarias ese umbral pareciera seguir abierto, unas veces en forma de paro y otras en forma de predicciones geopolíticas. No parece haberse superado ese miedo que aquí se estila en términos de ignorancia, inseguridad, sumisión y *magua*.

Se trata de una resistencia quejosa a *ser*, cuando lo más oportuno sería afrontar la vida cambiando de mentalidad, ahogando las limi-

*La identificación no pasa fríamente por el censo, sino por la amplia esfera de las ideas compartibles*

*Quiero una  
Canarias llena  
de personas  
autoconscientes  
de serlo, de ser  
personas, por  
encima de  
adscripciones  
que remitan a  
origen*

taciones del *estar* y del *tener* en la fresca realidad del ser. En mi particular esquema de Canarias cabe romper esa rendición incondicional al *fatum* (hado, destino o fatalidad), quebrar ese maldito determinismo histórico-situacional, inyectando a la juventud dosis de conocimiento instructivo y constructivo del *ser*. Vivir resignados y en continua “llorona” demagógica significa no ser libres. Una sociedad que se acostumbra a vivir del miedo se lo juega casi todo, difícilmente progresa. Me barrunto que son los miedos acumulados que han impedido el desarrollo del *ser canario* los mismos que han impedido la vertebración de la sociedad canaria, tanto a niveles insulares como en la complejidad paninsular. (¿Para qué querer ser independientes si todavía no *somos*?)

Embebido como está el pueblo canario en divertimentos circunstanciales que promueven el consumo y los medios audiovisuales, no parece percibirse interés por el debate de la peculiaridad canaria profunda, ayudando así a poner fin a nuestras trabas seculares. Escaso es el índice poblacional que ha conseguido hacerse un esquema de aquellos acontecimientos formadores de identidad y mucho mayor el número de quienes, desconociendo la historia -según el adagio clásico- están condenados a repetirla. Acaso tan sólo los niños y niñas que elijan como materia optativa *Historia de Canarias* en la segunda etapa de la E.S.O. taponarán ese déficit, asumiendo y rentabilizando ese pasado como marca identificadora, sacando de ella alguna lección de supervivencia. Aunque, claro está, tal vez esos niños y niñas no puedan ya luchar contra las omnipotentes multinacionales que gobernarán sus más mínimos deseos el próximo milenio (¡ya lo hacen!), pero al menos ya tendrán criterio propio para así reconocerlo.

La Canarias que quiero y llamo mía podría quizás aspirar a *ser nación*, si previamente resuelve su contencioso con el ser a secas. Entretanto deberá conformarse con ser *mercado*, *electorado*, sujeto a las rudas leyes de la oferta y la demanda; mercadeando hasta el final de las vacas gordas el uso y disfrute de su sol, de sus playas, sus bellezas naturales y su *sterlitzia* tutelar. Naturaleza cálida, *ser* frígido: todo un emblema escapista resulta esa flor de origen surafricano, amañada en los despachos para representarnos en el mundo, y no torpemente sino, como se colige de lo hasta ahora dicho, muy a propósito.

Turismo *versus* Agricultura es otra de las hipótesis de trabajo que dejo a los sociólogos para que saquen sus conclusiones. Después del *crac* agrícola podría sorprendernos el *crac* turístico. Tras un

modelo de desarrollo sostenible en el terreno de las explotaciones turísticas -ya rebasado- el final de la situación insostenible nos hallará como territorio superurbanizado, polucionado, reseco e inmensamente dependiente de las importaciones alimentarias. ¿Hay una verdadera conciencia poblacional de un finiquito agresivo de la industria turística?

En lo relativo a los símbolos que nos identifican, la Canarias que pido formalmente habrá acaso aprendido la estrategia existencial que aquéllos nos proponen, como parte inalienable que son de la realidad profunda canaria. Oponiéndose a su cosificación como folklore y vindicándolos como pertenencia cognitiva de difícil renuncia, si lo que se persigue realmente es el *ser* canario en sentido extenso. Habrá ya aprendido a separar el trigo de la paja, desembarazándose de los manidos arquetipos de especie publicitaria que últimamente nos persiguen bajo figura de *canarismo* “de diseño”. Supongo que en este momento se hayan levantado muchos canarios y canarias de la ficción en que cayeron territorializando excesivamente sus mitos y sus ritos, y que el sentimiento de identidad que -según Galván y Estévez- “deriva en una *comunidad imaginada*, que no inventada” llegue a buen puerto, “ya que a pesar de estar constantemente en un proceso de reelaboración siempre remite a elementos objetivos de esa cultura compartida”. Ojalá que en ese momento estén integrados en mínimos contraíbles los rasgos culturales relativamente comunes que compartimos en estas Islas.

¿Qué decir del medio ambiente de las Islas? Todo y más. La Canarias que quiero ya apenas existe; la que quisiera perpetuar hay que trabajarla muy a pulso, para que todo no se vaya al carajo y dejemos en verdad de *ser, estar, haber* y *existir*. Hemos convertido las orillas playeras en zona habitada a escasos metros de la rompiente, hemos convertido los conos y laderas volcánicas en zonas de extracción de áridos (vulgo: “piconeras”), hemos polucionado extensas zonas suburbanas con un miserabilismo sostenido “a bloque visto”, hemos especulado ferozmente con el suelo costero y urbano, reduciendo a mínimos la calidad de vida que un lejano día nos dio nombre mítico. Se han masacrado incontables yacimientos prehistóricos con ocultación de pruebas para no ser denunciados. Chamizos hechos con neumáticos, viejos somieres o *palés* adornan aún bastantes lugares de obligado paso turístico; escombreras, vertederos, acumulaciones de desechos sin control (salvo cuando surge en ellos algún contagio vírico o bacteriológico) arruinan en no pocos lugares los valores paisajísticos y debieran suscitar pena-

*Vivir resignados  
y en continua  
'llorona'  
demagógica  
significa no ser  
libres*

lización en los límites de la responsabilidad civil de los infractores. Si fuera medianamente favorable a alguna dictadura lo sería a la que promoviera la *razón* ecologista muy por encima del *sentimiento* ecologista, aquí y ahora. Sería radical en ello, pues hay muchísimo por deshacer. Bien entendido que formando parte dicho proyecto en un todo global donde la instrucción pública sería distinta, donde ya se habría socializado el agua de riego y se tomaran otras medidas regeneracionistas complementarias. Pues regeneración del maltrecho medio ambiente es lo que necesita, sin ir más lejos, Gran Canaria, la Isla más machacada desde mediados los años sesenta de este siglo. Pensar que tan solo el Centro y el Oeste de la Isla conservan una relativa *naturalidad* enciende ya todas las alarmas, dado que todo ha transcurrido en tan solo unos treinta años.

¿Cuándo *actuaremos* de modo radical los canarios y las canarias para evitar tanto futuro imperfecto?

*Los manidos  
arquetipos de  
especie  
publicitaria que  
últimamente  
nos persiguen  
bajo figura de  
canarismo 'de  
diseño'*

Pido cultura para Canarias, nivel cultural del *ser extenso* y no del *estar* clasista y estéril que la organiza, promueve y distribuye previamente compartimentada en idoneidad de clase. En un siglo se ha avanzado lo suficiente como para que el mundo encontrado aquí y descrito por la inglesa Olivia Stone nos resulte casi a siglos vista. Hemos pasado de resolver nuestro condumio sobre tres teniques de fogón hundidos en tierra a la placa vitrocerámica, hemos derivado desde la superstición al consumismo, del aislamiento controlado a la invasión sutil, del pantalón de *dril* a la ropa *rapera*, del respeto a la indiferencia extrema, también llamada “pasotismo”.

Todo eso es cultura, nuevas formas de aculturación -se me dirá-. Perdón, cultura no, mejor dejémoslo en subcultura de masas. No es eso, ni por asomo, lo que pido para la Canarias que quiero. El mimetismo conductor de los patrones culturales canarios en este siglo que acaba debiera ser observado con detenimiento. Ha sido una fase de feroz apropiación de patrones estandarizados y achacables a la globalización imparable que nos invade. Siempre hemos verificado el aserto de Viera y Clavijo (“los canarios son por naturaleza muy curiosos de novedades”) y siempre nos parece una realidad de doble filo, con tantas valencias de atraso como de adelanto.

La cultura que personalmente quiero ya la practico a escala vital: aprendiendo, enseñando, penetrando en campos cognoscitivos de escasa definición, jugando a la emancipación mental dentro de lo posible, comunicando desnudamente lo que pienso y siento -por este orden de prioridades-, no dando tregua a la mediocridad tan insulsa como promocionada por los *media*. El mío es un proyecto

cultural amplísimo que subvertiría un alto porcentaje de las ideas recibidas y establecidas como estereotipos y logotipos. Tiene poco que ver con la idea que tienen los Ayuntamientos insulares, por ejemplo, siempre a la busca y captura de clientelismo electorero. Tiene algo que ver con lo proyectado y hecho por los gobiernos sucesivos de la Autonomía, con sus más y sus menos, naturalmente. Pero no basta eso. Si bien se ha avanzado bastante por iniciativa oficial, se echa mucho en falta la implicación privada, los millones del empresariado, el cual -salvo honrosas excepciones- estalla sus beneficios en publicidad y en ampliaciones de su área comercial, mirando para otro lado cuando se trata de promocionar la cultura, sosteniendo instituciones meritorias en quiebra, por un poner.

Exijo también la normalización del dialecto que nos crió: el “habla canaria”, bien que extrayendo previamente la modalidad de mínimos compartibles entre las ocho Islas. No es normal que los niños y niñas urbanos de la última generación desconozcan casi absolutamente el léxico diferencial canario, los giros y locuciones que pacientemente ha ido acumulando nuestro dialecto común pan-canario. Globalizar nuestro formato diario del castellano es aceptable e inevitable, pero no es sano en modo alguno para la identidad canaria que el lenguaje que desplace al “habla” tradicional sea, homogéneamente, ese subproducto que nos invade desde la pequeña pantalla, por poner el caso más flagrante entre los malos ejemplos.

Por seguir con un argumento lingüístico, personalista pero aleccionador, en la Canarias que pido, un término que uso mucho como es *paninsular* (refiriéndome a lo compartible por todas las Islas) no sería ya corregido por el linotipista -el actual “picador” de textos- poniendo “claramente” peninsular. Y ello porque se hubiese superado el nivel cultural de quienes me han enmendado la plana en tal sentido un par de veces en la prensa local, sino porque habría crecido por entonces el respeto por la literalidad de lo que pensamos y escribimos los escritores sin sueldo. Se me dirá que es por “falta de ignorancia” disculpable (expresión valiosa donde las haya), pero esa razón tiene remedio: la instrucción común en los mínimos contraíbles en la descriptiva de nuestra unicidad como Archipiélago.

Por todo lo escrito hasta aquí, *identidad sí*: toda la que se pueda comunicar, razonar, sentir y vivir tras el *ser* extenso del canario común, estrellado de verde su pecho amarillo. Mantener la identidad que se pueda compartir, ampliando el concepto, admitiendo las adaptaciones debidas a la globalidad planetaria. Una *identidad activa* es la que preferiría, más que la anterior ensimismada; la *razón*

*Si fuera medianamente favorable a alguna dictadura lo sería a la que promoviera la ‘razón’ ecologista muy por encima del ‘sentimiento’ ecologista*

*Mantener la  
identidad que  
se pueda  
compartir,  
ampliando el  
concepto,  
admitiendo las  
adaptaciones  
debidas a la  
globalidad*

*de ser* de un pueblo como algo debatible, revisable, subvertible, sometido a continua crítica, negada en sus aberraciones y aplaudida en las novedades sincréticas que de seguro nos traerán los tiempos. Una identidad con criterios de eficacia cara al futuro indefinido.

Identidad nacional, o mejor: supranacional, que es la que aquí se *siente*. Mas no basta el sentimiento nacional si no hay pensamiento, idea nodriza de unidad regional, solidaridad, regeneración, equidad, voluntad de romper prejuicios obsoletos y rivalidades interinsulares. Superando la cobardía, cada cual con sus medios.

Si la identidad consiguiera traspolarse para ser debatida en términos de *ser*, entonces podrá cuajar la *nacionalidad*, no antes. No será cosa de apariencia, disfraz, pacto posibilista, bandera panameña ni nada parecido. Ya me entienden: será un parto natural o no será.

Pero me temo que tendrá que cambiar mucho el diseño geopolítico actual, la estrategia imperial, y tantas otras incógnitas en la reserva, para que la Nación Canaria se diera el lujo de *ser*. Dado como es nuestro entorno geográfico, y con lo que está por caer, me temo que serían tan sólo la memoria, el entendimiento y la voluntad de los canarios y las canarias (dicho al antiguo modo de enumerar las “facultades del alma”) las que den en resolver entre las opciones que señale el menú estratégico del momento.

Una confederación de pueblos hispánicos, peninsulares e insulares, dentro de la Unión Europea acaso no sería el peor de los males. Y ello siempre que la UE empezara a comprender África, que es donde, por ahora, seguimos *estando*. En espera larguísima de ser puente multiétnico tendido entre los tres Continentes que nos formaron.

*Salinetas, Telde, enero de 1998*